



Reseña 2 / 2021

Así empieza todo  
*La guerra oculta del siglo XXI*

Esteban Hernández  
Editorial Ariel  
267 páginas

Del deseo de conservar aquello que da solidez a las sociedades y civilizaciones, surgen los cambios; también de actos de libertad, de la reivindicación del pensamiento y la cultura, de la negación de los valores dominantes, así como de la rebelión contra la injusticia y contra un mundo escasamente humano. Sun Tzu advertía que “la guerra es una contienda moral que se gana en los templos antes que en los campos de batalla”. *Así empieza todo* es un ensayo del periodista Esteban Hernández que trata de mostrar lo que está en juego en el ámbito internacional, quiénes ganan y quiénes pierden. En paralelo, también es una guía útil para comprender el futuro y poder actuar decisivamente en él.

El punto de partida es que desde hace pocas décadas el mundo se ha trastocado. Esta transformación se manifiesta en que valores morales, formas de vida cotidiana, modos de producción, de comunicación y de relacionarse con la naturaleza, estructuras sociales y de poder están cambiando a un ritmo acelerado. Como consecuencia, ese vértigo de incertidumbres desata inseguridades, incluso nostalgia ante lo perdido. Este proceso se ha visto marcado por el fenómeno del covid-19, en el que todavía estamos y del que no es fácil dar cuenta de sus consecuencias.

Para explicar las claves de lo que está ocurriendo y los hitos que convulsionan este tiempo, Hernández recurre a analogías históricas y culturales. La obra se divide en diez capítulos y aborda desde el ascenso de China a la globalización, del nacionalismo a la sucesión de crisis financieras, de una digitalización desbocada al apocalipsis anunciado bajo la narrativa del cambio climático, que está dando lugar a una economía verde, que quizá no es tan impoluta como se nos presenta.

En todas ellas se aporta una abundante información sobre política internacional, intereses cruzados entre grandes potencias, empresas tecnológicas y fondos financieros, con ejemplos que ilustran las principales ideas. En su opinión, la aparente asepsia y sensatez de una nueva realidad que se presenta como pensamiento único y razonable, mientras devasta cuanto toca, requiere una intervención inmediata, porque es una cuestión de supervivencia ante los cambios que nos desbordan.

Comienza la obra haciendo una alusión a la trampa de la historia. Se pone como ejemplo las dinámicas que se llevaron a cabo en la crisis de los misiles entre los Estados Unidos de JF Kennedy y la URSS de Nikita Krushev, con las presiones políticas y militares; los hechos que aceleraron a Primera Guerra Mundial; y ejemplos de decisiones basadas en diagnósticos erróneos, como la guerra de Irak, la expulsión del poder de Gadafi en Libia o el refuerzo de Al Qaeda para derrotar a Bashar al-Asad en Siria.

También explica cómo se debe comprender en el escenario internacional la encrucijada a la que llega la potencia hegemónica a la hora de enfrentarse con otra emergente, mediante lo que se conoce como la “trampa de Tucídides”. Mencionando las obras de Barbara Tuchman, *Los cañones de agosto* y *La marcha de la locura*, señala la extraña persistencia en la historia de un virus sistémico cuyo resultado es la incapacidad de los sistemas para conseguir los fines que se perseguían. Se toman decisiones encaminadas a conseguir un objetivo, pero acaban por producir efectos muy diferentes, y a menudo, contrarios a los deseados. Para Hernández, es una idea que resuena en muchas de las disfunciones del mundo occidental contemporáneo, denominada *folly*, que traducido sería como delirio o despropósito.

Con un dirigente distinto a Roosevelt, la suerte estadounidense, tras la Segunda Guerra Mundial, habría sido muy distinta, lo que subraya una vez más que la historia no se compone de elementos puramente mecánicos, que las fuerzas sociales influyen en las decisiones que se toman, y que élites y dirigentes tienen un peso especial a la hora de construir el futuro. En nuestro tiempo, sin embargo, el sistema aparece quebrado en su composición y en su dirección. Se parece a esas grandes empresas lideradas por accionistas con intereses enfrentados, que pelean por imponerlos en los consejos de administración y cuyos máximos responsables al frente del consejo son débiles, porque su puesto depende de los apoyos conseguidos en esas luchas entre accionistas. El resultado final es que ninguno de ellos piensa en el futuro de la compañía. Nuestras instituciones son cada vez más el escenario en el que cada grupo de interés trata de ganar posiciones e imponer un tipo de gestión ejecutiva que le sea conveniente, sin preocupación por el medio plazo o por las consecuencias sociales que las decisiones públicas generen.

## Política y organización social

Hay también una parte dedicada a los sistemas políticos. Para el autor, existe la idea equivocada de que un tipo de sistema político produce, por sí mismo, sistemas inmunes más potentes y efectivos, y que la identificación y solución de las disfunciones dependen en gran medida del tipo de organización social. La democracia, en este sentido, sería incomparablemente más eficaz que los regímenes autoritarios o que las dictaduras a la hora de ganar legitimidad entre sus ciudadanos, de funcionar con mayor eficacia y de responder a las amenazas de un modo más efectivo. La conclusión es que no es así, y un ejemplo reciente lo tenemos en la reacción contra el coronavirus, que ha sido mucho más competente en China, un régimen autoritario, que en el democrático Estados Unidos; o en la Alemania democrática que en Brasil.

Los intentos de juzgar la eficacia de una gestión a partir de su forma política están destinados a ofrecer diagnósticos erróneos, y más en la medida en que evitan el fondo del asunto: el análisis de hasta qué punto un sistema concreto, en un territorio determinado y en un marco temporal definido está funcionando correctamente. Advierte que este mal funcionamiento de los sistemas inmunitarios sociales no es exclusivo de nuestra época, ha ocurrido con frecuencia en la historia y se ha dado en toda clase de órdenes políticos. En este sentido, el final del comunismo soviético, en cuanto forma de desgaste paulatino e incesante de un sistema establecido, debería constituir una advertencia para su rival de antaño, el capitalismo occidental, porque muchas de sus deficiencias en la gestión están siendo imitadas.

Cualquiera que sea el sistema político que las ciudades se otorguen, la política y la economía son producto de una relación continua y dialéctica entre lo que Aristóteles llamaba los “grandes” y los “pequeños”, y de ese equilibrio depende la perdurabilidad de los regímenes. Ese balance puede darse de diferentes maneras, pero resulta indispensable. Cuando desaparece, primero salen de escena las fuerzas sociales que equilibran el sistema, pero poco después también se pierde todo aquello que podría generar un contrapeso interno, como las personas con visión o conocimiento, las ideas diferentes, las perspectivas distintas. Para el, la pérdida de esta segunda capa es crítica, ya que la primera ha desaparecido, y ahora se abre el camino hacia la decadencia.

Los años posteriores a la crisis de 2008 constituyeron una demostración de ese desdén por la realidad. Resultaba previsible que las dificultades económicas y el malestar social buscaran un camino de expresión política, y lo encontraron en nuevas fuerzas. Entiende que la respuesta de gobernantes y élites occidentales fue siempre la misma, es decir, identificar las consecuencias como causas mientras ignoraban estas. Acusaron a quienes

simpatizaban con los partidos populistas de atrasados, viejos, nostálgicos, reaccionarios, machistas y xenófobos, y a sus dirigentes de irresponsables, cínicos, ambiciosos y totalitarios. Centrarón sus esfuerzos en categorizar a quienes se resistían en lugar de entender sus motivos, lo que habría hecho más fácil la formulación de respuestas adecuadas. El debate social se articuló a través de una extraña lectura según la cual todo funcionaba razonablemente bien si no fuera por esas nuevas fuerzas políticas y sus votantes, como si bastara con su desaparición para que todo regresase a una normalidad próspera y razonable.

Sostiene que este mecanicismo indolente se ha manifestado también en la economía, donde se ha operado con una serie de normas constantes, que teóricamente funcionaban siempre y en todo contexto, y a las que se atribuía una seguridad similar a la de las leyes físicas. Apartarse de ellas implicaba una enorme temeridad. Sin embargo, la realidad última ha venido a desmentir en repetidas ocasiones este funcionamiento cristalino de la economía y de los mercados. Una de estas convicciones, que ha estado muy presente estos años, señala que la introducción de grandes cantidades de capital en la economía genera inflación; otra que bajar los tipos de interés hará que exista más dinero y, al aumentar la oferta dineraria, provocará que la actividad económica se active. Pero como muestra, nada de eso ha funcionado. La tesis final es que dar por sentados todos estos silogismos es justo lo que hace que los sistemas pierdan efectividad, ya que las ideas preconcebidas tienen más peso que los hechos.

### **Aceleración de tendencias**

Para Hernández, más que hacia grandes transformaciones, la aparición del virus covid-19 nos dirigió hacia la aceleración de las tendencias que ya estaban operando globalmente. La gestión de la pandemia puede hacer creer que Estados Unidos vive momentos difíciles, pero lo cierto es que sus empresas han salido reforzadas: sus tecnológicas han sido las grandes vencedoras del confinamiento, sus fondos de inversión cuentan con gran cantidad de recursos y sus empresas han sido apoyadas con una enorme inyección de capital por parte del Estado. China es el otro polo ganador: consiguió atajar el problema sanitario con rapidez y contundencia, está saliendo económicamente mejor de la pandemia y su influencia en el mundo puede crecer gracias a nuevas amistades con países necesitados.

La fábrica del mundo, que es China, tenía los medios, los instrumentos y la decisión para combatir la pandemia de manera eficiente, así como para sacar partido de las debilidades ajenas. Aprovechó su posición para enviar ayuda a países de todo el mundo como gesto de

buena voluntad y al mismo tiempo hizo negocio con la urgencia global para conseguir el material de protección y los medicamentos que se precisaban. El coronavirus fue la constatación de que Occidente no sólo había deslocalizado su producción, sino su misma capacidad de respuesta. Una lección que era aplicable en terrenos muy diversos, es decir, que Occidente había dejado en manos ajenas todo aquello que le había hecho fuerte.

El secreto chino se explica resaltando que su éxito no reside únicamente en la actividad incesante que ha desarrollado, en su impulso decidido hacia el crecimiento y en aprovechar las bazas con las que contaba, sino en la debilidad occidental. China es la segunda gran potencia por los errores de Estados Unidos y Europa: cuanto mayor es la influencia de Pekín, más evidente se hacen la ineficiencia, la ceguera y la ambición occidentales. Su conclusión es que China se ha convertido en un país que tiene voz propia en el mundo y que está ocupando, por fin, el lugar que cree que le pertenece. Esa mezcla de orgullo, futuro y nacionalismo construye un factor crucial, tanto o más que la cultura de la que provienen, a la hora de estabilizar y asentar su sociedad.

Ni Estados Unidos ni Europa se prepararon para el impacto que la aparición de millones de trabajadores chinos tendría en sus sociedades. La realidad es que los dirigentes occidentales estaban pensando en el pasado y proyectaban sobre Pekín lo que se había vivido en Moscú; analizaban China, pero estaban pensando en la Unión Soviética. La ambición o los beneficios económicos ayudó a que se ignorasen todas las señales de que el plan no estaba siguiendo el camino previsto. Hubo muchas señales de toda índole, desde las transferencias de tecnología exigidas por Pekín hasta la apropiación de la propiedad intelectual de las firmas que allí operaban, pasando por la negativa a que empresas como Google o Amazon penetrasen en su mercado.

En esta confrontación, las acusaciones de censura, las invocaciones a las normas internacionales que eran vulneradas o la venta de productos falsificados no se acompañaron de acciones en consecuencia. Eran parte de un juego en el que la agresividad conceptual y las declaraciones altisonantes sobre la dictadura asiática desaparecían cuando se trataba de mantener el sistema financiero operando. Incluso el sector militar estadounidense advirtió de las debilidades que estaba provocando el desarrollo chino en Occidente. Cuatro décadas de deslocalización productiva, en combinación con las políticas industriales asiáticas, habían dejado la cadena de abastecimiento muy débil, de forma que China se había convertido en la única fuente de manufacturas en componentes esenciales para el ejército y la industria militar, entre ellos los tecnológicos.

## **El error de Occidente**

Una de las partes más interesantes del ensayo es, además de comprender el auge de China, ver el ocaso de Occidente. Como trata de demostrar el autor, Occidente está en el camino inverso, y las consecuencias de la pandemia han agudizado las percepciones negativas. La respuesta fue generalmente tardía, se han puesto en evidencia las fragilidades de la globalización y se ha continuado por las sendas conocidas, escogiendo las viejas recetas para solucionar problemas nuevos.

Desde su punto de vista, en esta nueva Guerra Fría, Estados Unidos representa el mismo papel que la Unión Soviética en la anterior, el de un sistema político esclerótico y anquilosado que carece de la visión precisa para reaccionar con rapidez y altura de miras a las transformaciones. El ascenso chino es la mejor prueba de estas carencias. Señalar a China como el gran enemigo, e intentar rearticular el orden mundial para evitar su ascenso, así como el hecho de haber tenido que llegar a ello, no es más que la demostración de la incapacidad estadounidense y europeo para corregir las debilidades sistémicas. El enemigo exterior cohesionaba mucho, pero es un problema cuando se recurre a él como recurso para no afrontar las fallas internas.

La gran confrontación que da forma a nuestro mundo, la que ha estado desarrollándose de forma larvada pero incesante, la que se ha articulado a través de las diferencias entre las ciudades globales y los territorios rurales, las guerras comerciales, el globalismo y el nacionalismo, o los valores conservadores y los progresistas, puede sintetizarse en un nuevo tipo de enfrentamiento entre lo productivo y lo financiero. Los primeros han sido los grandes perjudicados de la batalla subterránea que está permanentemente librándose entre quienes realizan las actividades y quienes median en ellas; los segundos son los grandes capitanes de nuestra época.

## **El mundo que viene**

En el terreno geopolítico, es indudable que una Europa fuerte y unida tendría muchas más posibilidades de operar con éxito en un mundo dividido entre Estados Unidos y China, pero también lo es que esa opción no es la que está desarrollándose: Alemania está reorganizando los balances de poder dentro de la UE de un modo que le sean más favorables, con el sur como espacio perdedor, lo que llevará al deterioro difícilmente evitable de la Unión. Una España soberana podría tener mayor margen de acción, pero eso no evitaría la necesidad de operar junto con aliados en un mundo donde el tamaño es decisivo.

En esta dinámica de competición, el capitalismo es el sistema hegemónico, y no hay indicios de que vaya a dejar de serlo pronto. Como se explica, el capitalismo de Estado chino no es un modelo alternativo porque Pekín no está pensando en términos ideológicos, sino de expansión de su poder nacional, y los movimientos autoritarios que están creciendo, como el ruso, se limitan a colocar al frente de la nación a un hombre fuerte que pone orden entre las élites. Todas las recomposiciones políticas van en la dirección de reforzar a los Estados de cara a la pugna entre ellos, pero sin rastro de transformaciones interiores que alteren el rumbo de su funcionamiento económico y social.

Desde el punto de vista político, los movimientos antisistémicos van a crecer y la historia nos señala que estos momentos son idóneos para las tentaciones autoritarias. Aquí es donde entrarán en juego el pensamiento y la cultura, dos aspectos que se mencionan como de extrema relevancia. En lo geopolítico, muchos expertos apuestan por un eje a lo Mackinder, Europa-Rusia, y otros señalan que habrá dos bloques, el estadounidense y el chino, y el resto de los países tendrán que optar por uno de ellos. La conclusión es que el mundo va a ser diferente a partir de ahora y que en la guerra oculta del siglo XXI está por saber es si se fortalecerá la concentración de poder y los recursos, apoyándose en discursos autoritarios.

---

***Gabriel Cortina** forma parte del equipo de analistas del Centro de Seguridad Internacional del Instituto de Política Internacional (Universidad Francisco de Vitoria).*